

Alégrense en el Señor

Por el Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

Arzobispo de Newark

Discipulado Misionero en un Tiempo de Pandemia



Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Como nos ha enseñado el Papa Francisco, en virtud de nuestro bautismo estamos llamados a ser discípulos y misioneros. Nuestra Iglesia es una comunidad de discípulos misioneros de Jesucristo que han sido enviados "al mundo entero" para proclamar la Buena Nueva, para compartir lo que creemos y para servir a todos nuestros hermanos y hermanas, especialmente a los pobres y vulnerables.

Todos nosotros—cualquiera que sea nuestra vocación particular—somos compañeros de camino, llamados a desempeñar un papel activo en el ministerio de nuestra Iglesia porque todos compartimos el sacerdocio único de Cristo y porque cada uno ha recibido diversos dones y talentos (carismas) del Espíritu Santo para contribuir al bien común de todos.

Esta vocación misionera sigue vigente incluso cuando el mundo está efectivamente cerrado debido a una pandemia como COVID-19. Incluso cuando los viajes están severamente restringidos y se nos pide mantenernos a una distancia segura de los demás, todavía tenemos que "salir al mundo entero" en nuestras oraciones y de cualquier manera disponible para nosotros. Seguimos siendo discípulos misioneros incluso bajo cuasi-cuarentena.

Mientras presenciamos dramáticamente cuando la pandemia de coronavirus nos obligó a suspender las reuniones públicas, incluida la Misa y otros sacramentos, y a practicar el "distanciamiento social", podemos encontrar nuevas maneras de llevar a cabo la misión de nuestra Iglesia. Usando todos los instrumentos de comunicación a nuestra disposición, podemos, y debemos, seguir siendo el rostro de Jesús para todos nuestros hermanos y hermanas aquí en el norte de New Jersey y a través de todo el mundo.

Nuestra arquidiócesis es increíblemente diversa. En nuestros cuatro condados, tenemos a algunas de las personas más ricas y más pobres del país. Los miembros de nuestra familia arquidiocesana conversan en más de dos docenas de idiomas diferentes. Somos ricos en nuestra diversidad cultural al mismo tiempo que compartimos un amor común por nuestra fe, nuestras familias y nuestra libertad y dignidad como mujeres y hombres creados a imagen de Dios.

Como comunidad católica, damos la bienvenida a los recién llegados, incluyendo personas que eligen unirse a nuestra Iglesia a través de su participación en el Rito de Iniciación Cristiana de Adultos (RICA) y aquellos que vienen a nosotros de diferentes países y culturas con diversas costumbres, devociones y puntos de vista sobre la vida de la Iglesia. Aquí en New Jersey, claramente somos una Iglesia inmigrante – tanto por nuestra historia como por nuestra realidad actual – y apoyamos firmemente a aquellos que son nuevos en nuestra comunidad porque reconocemos su dignidad y sus derechos humanos básicos como miembros de la familia de Dios.

Antes del impacto de la pandemia, ya habíamos anunciado un plan de acción llamado **Adelante Unidos en la Fe: Nuestro Camino a Seguir**, que presenta un enfoque en múltiples niveles de lo que el Papa Francisco llama "conversión pastoral". Mucho más que simplemente "reestructurar", la conversión pastoral nos llama a hacer realidad la alegría del Evangelio que impregna todas nuestras estructuras y actividades eclesíásticas, poniéndolas en estrecha sintonía con la misión evangelizadora de nuestra Iglesia.

Creo que la conversión pastoral puede guiarnos unidos en la fe ayudándonos a:

- Escuchar como comunidad lo que el Espíritu Santo está diciendo a nuestra Iglesia a través de la Palabra de Dios que resuena en nuestra situación actual e interpretar los signos de los tiempos con los ojos de la fe.
- Crear una cultura pastoral que respete la diversidad de dones mientras busque siempre el principio unificador que nos sostiene como un solo Cuerpo de Cristo.
- Ser críticos con el más amplio entorno social y evitar una apropiación inconsciente de valores antitéticos al Evangelio, no para condenar al mundo, sino para transformarlo.
- Discernir continuamente lo que es esencial para la misión de la Iglesia, al tiempo que consideramos los asuntos sobre recursos (personal, instalaciones y dinero) como importantes pero secundarios.

El proceso de planificación pastoral que se está llevando a cabo en nuestra Arquidiócesis invita a todos los miembros de nuestra familia de fe a ayudar a identificar las prioridades para el ministerio a nivel parroquial y arquidiocesano. Estoy ansioso por ver los resultados de este esfuerzo porque no tengo ninguna duda de que el Espíritu Santo está trabajando con nosotros—abriendo puertas y ayudándonos a discernir la voluntad de Dios para nuestra iglesia local. Todavía queda mucho trabajo por hacer, pero quiero afirmar que mi visión para el futuro exige más que ideas nobles o palabras reconfortantes. ¡La acción y el cambio están en marcha!

Reunidos y enviados por Jesús

Como cristianos, estamos llamados a ser mujeres y hombres que se reúnen en torno a nuestro Señor (cf. Mc 3, 14), escuchando su Palabra, encontrándolo en la oración y en los sacramentos (especialmente en la Eucaristía) y sirviéndole en "los más humildes" de nuestros hermanos y hermanas. También somos embajadores de Cristo que hemos sido enviados "hasta los confines de la tierra" para proclamar la Buena Nueva, enseñar la fe y atender a todos los necesitados.

Reunirse y Ser Enviados son las señas de identidad del discipulado cristiano. Ambos requieren que dejemos ir la búsqueda de uno mismo y estemos dispuestos a encontrarnos en Dios y en nuestro prójimo. Ambos requieren que aceptemos nuestro papel como peregrinos que viajan juntos en un trayecto que a menudo nos obliga a abandonar nuestras zonas de confort y abrazar realidades nuevas e inciertas a lo largo del camino.



De hecho, la "peregrinación" es una imagen utilizada en la mayoría de las grandes tradiciones religiosas a través de la historia humana e incluso en algunas culturas seculares. Los cristianos comprendemos el concepto de ser enviados en un viaje como peregrinos, pero también creemos que es esencial que primero nos reunamos alrededor de nuestro Señor para recibir su instrucción, su alimento y su bendición antes de partir como misioneros que serán el rostro de Jesús para todos los que encontremos.

Al enviarnos, Jesús nos dice que "viajemos ligeros". No debemos agobiarnos por las cosas materiales—ni por los asuntos y ansiedades terrenales. Tomamos con nosotros al Espíritu Santo que nos da todo lo que necesitamos para llevar a cabo la obra de Cristo. Y cuando volvemos a él después de un largo y arduo viaje, Jesús nos recibe con los brazos abiertos. Repone nuestros espíritus cansados y nos renueva por el poder de su amor.

El Papa Francisco nos recuerda continuamente que el ministerio de la Iglesia debe basarse siempre en la oración. "Es importante que recuperemos nuestra confianza en que, por el poder de Dios y nuestra cooperación con El, podemos enfrentar y vencer cualquier desafío". El Santo Padre también nos dice— empezando por aquellos de nosotros que son obispos—que "la oración no es una devoción, sino una necesidad; no es una tarea entre muchos, sino un ministerio indispensable de intercesión" (Papa Francisco, Audiencia con los participantes en un seminario organizado por la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, 8 de septiembre de 2018). Cada día todos debemos presentar—nuestras alegrías, esperanzas, sueños, problemas, temores y problemas de todo tipo—ante Dios en oración. Dios está cerca de nosotros. Nos escucha, y siempre responde a nuestras oraciones, nos demos cuenta o no.

Además de a ser personas de oración, estamos llamados a compartir la alegría del Evangelio con todos los que encontremos—aquí en casa y en tierras lejanas. El Papa Francisco nos desafía a ser "una Iglesia en salida" en lugar de una que se vuelve hacia adentro donde todo es familiar y cómodo. Al voltearnos hacia afuera, apartándonos de nuestras propias necesidades, podemos proclamar la Buena Nueva de Jesucristo con nuestras acciones, así como con nuestras palabras. Podemos ser el rostro de Jesús para todos los que encontremos.

Esto es especialmente importante en las circunstancias en las que nos encontramos hoy en día. La tentación es hacer un círculo con nuestros vagones y protegernos de todas las influencias externas. Pero como nos recuerda el Papa Francisco, los pecados del egoísmo y la indiferencia pueden ser más destructivos que cualquier pandemia. Si nos alejamos de nuestras hermanas y hermanos

(especialmente de los que más necesitan de nuestra ayuda), nos volvemos aislados y solitarios, incapaces de llevar a cabo nuestra vocación misionera.

Aun en los peores momentos, Jesús nunca nos envía solos. Siempre estamos acompañados por el Espíritu Santo y por todos nuestros hermanos y hermanas que conforman el único Cuerpo de Cristo. Haciéndose eco de San Agustín, el Papa Francisco dice: "La Iglesia necesita unión, no solistas separados del coro o líderes de batallas personales" (Papa Francisco, Discurso a los obispos de los Territorios Misioneros, 8 de septiembre de 2018). Nuestra situación nunca puede describirse con precisión como "sólo Dios y yo". Estamos siempre en presencia de Cristo y de la comunión de los santos—todos los vivos y muertos que conforman la Iglesia única, santa, católica y apostólica.

El Papa Francisco nos ha pedido que seamos una Iglesia "sinodal". Este término se refería originalmente a viajeros en el mismo camino, compañeros peregrinos que viajan juntos hacia un destino común. El Santo Padre utiliza este término para enfatizar que somos una comunidad de compañeros de viaje que se escuchan unos a otros y se acompañan en el camino de la vida. A pesar de nuestras diferencias y desacuerdos, que son muchos, todos estamos buscando el camino hacia la felicidad y la alegría. Nosotros, que hemos encontrado a Jesús, y que hemos sido reunidos y enviados por él, podemos ayudar a los demás a conocerlo como nosotros hacemos si somos personas sinodales que reconocemos el rostro de Jesús en los demás y que los acompañamos en el camino hacia la vida.

Discípulos Misioneros

Durante mis años de servicio a mi comunidad religiosa, la Congregación del Santísimo Redentor (Redentoristas), tuve el privilegio de visitar a misioneros en más de 70 países diferentes en todo el mundo. Lo que aprendí en el proceso fue que todo misionero está llamado a 1) amar a las personas a las que sirve, 2) respetar sus tradiciones, costumbres y experiencias de vida, 3) ayudar a edificar comunidades locales y rechazar todos los esfuerzos para explotar sus recursos naturales, y 4) ser el rostro de Jesús encarnado en medio de ellos. Cuando los misioneros son capaces de lograr estos objetivos, su ministerio florece, se plantan semillas y las comunidades sobreviven y crecen incluso ante enormes obstáculos.

En su Exhortación Apostólica *Querida Amazonia*, el Papa Francisco llama nuestra atención sobre las diversas formas en que nuestra Iglesia debe ser "encarnacional". El Papa insiste en que "todo lo que la Iglesia ofrece debe encarnarse de modo original en cada lugar del mundo, para que la Esposa de Cristo adquiera multiformes rostros que manifiesten mejor la inagotable riqueza de la gracia de Dios" (QA #6).

La imagen consistente utilizada por nuestro Santo Padre en esta exhortación y a través de su escritura y predicación es de "rostros". Nos ha dicho que Jesús es el rostro de la misericordia, la imagen del amor y el perdón inagotables de Dios. También nos ha recordado



que somos el cuerpo de Cristo y, por lo tanto, debemos mostrar su rostro a todos los que nos encontremos. Por último, el Papa Francisco nos dice que la Iglesia debe dejar que la gente en todas partes vea que reconocemos en ellos el rostro de nuestro Señor. Debemos ser el rostro de Cristo encarnado y, al mismo tiempo, debemos reconocer Su rostro en nuestras hermanas y hermanos de todas partes.

Esta poderosa enseñanza tiene importantes implicaciones para nuestro ministerio a las personas a las que servimos aquí en el norte de New Jersey. Somos verdaderamente una comunidad diversa de fe—56.8% blancos, 27.6% hispanos y/o latinos, 19.5% negros o afroamericanos, y 10.9% asiáticos. ¿Reconocemos el rostro de Cristo en los otros? ¿Somos lo suficientemente encarnacionales en nuestras instituciones, estructuras y prácticas pastorales? Como comunidades de fe diversas, unidas en el único Cuerpo de Cristo, ¿estamos dispuestos a aceptar los desafíos y oportunidades de una verdadera conversión pastoral?

El Papa Francisco sueña con una Iglesia que refleje el rostro de Jesús cuyo amor compasivo por nosotros toma tantas formas diferentes como hombres, mujeres y niños individuales hechos a imagen y semejanza de Dios existen. La visión del Papa corresponde a la experiencia de los misioneros en todas las áreas del mundo. También resuena en las oportunidades y desafíos a los que nos enfrentamos aquí mismo en los condados de Bergen, Essex, Hudson y Union.

Como discípulos misioneros aquí en la Arquidiócesis de Newark, ya seamos clérigos, religiosos consagrados o fieles laicos, debemos 1) amar a las personas a las que servimos, 2) respetar sus tradiciones, costumbres y experiencias de vida, 3) ayudar a construir comunidades locales y rechazar todos los esfuerzos para explotar a nuestro pueblo o sus recursos, y 4) ser el rostro de Jesús encarnado en medio de ellos. Este es el llamado a ser el rostro de Jesús y, al mismo tiempo, a reconocerlo en los rostros de las personas a las que servimos.

No hay lugar para el clericalismo, elitismo o una actitud condescendiente en nuestro ministerio entre las diversas personas y culturas e historias de esta iglesia local. Todos somos miembros del único Cuerpo de Cristo y, como he dicho antes, nuestras diferencias deben enriquecernos, no dividirnos.

Adelante Unidos en la Fe: Nuestro Camino a Seguir es la iniciativa pastoral que estamos implementando para asegurar que florezcamos como una comunidad de discípulos misioneros, acompañantes de nuestro Señor, Jesucristo, que estamos comprometidos a reconocer el rostro de Cristo en todos. Las preguntas que debemos hacernos son: ¿Con qué eficacia estamos utilizando esta nueva iniciativa para proclamar el Evangelio y atender a todo el pueblo de Dios aquí en el norte de New Jersey? ¿Reconocemos el rostro de Cristo en todas las personas a las que servimos, ya sea aquí en casa o lejos? ¿Somos lo suficientemente encarnacionales en nuestras instituciones, estructuras y prácticas pastorales?

María, Guía segura y Apoyo para el Camino

Cuando se hizo evidente por primera vez que la pandemia del coronavirus estaba teniendo un efecto devastador en la salud y el bienestar de las personas en todas las regiones del mundo, incluyendo nuestros cuatro condados del norte de New Jersey, los católicos de todas partes recurrieron a nuestra Santísima Madre María en busca de inspiración y esperanza. Una de las

primeras oraciones del Papa Francisco fue a Nuestra Señora, Salud de los Enfermos, en la que utilizó las palabras de una antigua oración, *Sub tuum praesidium*, en realidad el himno más antiguo a María, la Madre de Dios, para implorar su protección durante la pandemia del COVID-19.

Oh María, tú resplandesces siempre en nuestro camino como un signo de salvación y esperanza. A ti nos encomendamos, Salud de los Enfermos, que al pie de la Cruz fuiste asociada al dolor de Jesús, manteniendo firme tu fe.

Sabes lo que necesitamos. Y estamos seguros de que lo concederás para que, como en Caná de Galilea, vuelvan la alegría y la fiesta después de este tiempo de prueba. Ayúdanos, Madre del Divino Amor, a conformarnos a la voluntad del Padre y hacer lo que Jesús nos dice: Él que tomó nuestro sufrimiento sobre sí mismo y se cargó de nuestros dolores para guiarnos a través de la Cruz, a la alegría de la resurrección. Amén.

“Bajo tu amparo nos acogemos, Oh Santa Madre de Dios. No desprecies nuestras súplicas en las necesidades, antes bien líbranos de todo peligro, Oh Virgen Gloriosa y Bendita. Amen”

Como discípulos misioneros, con razón nos dirigimos a María nuestra madre para alentarnos y guiarnos en nuestro camino de fe, esperanza y amor. María es la que dijo "sí" a la voluntad de Dios aun cuando ella no pudiera comprender su significado o anticipar plenamente lo que requeriría de ella. María fue la primera discípula misionera. Desde su primer viaje a "la región montañosa de Judea" para visitar a su prima Isabel, el viaje con José a Belén, la huida a Egipto para evitar la insana crueldad de Herodes, María fue a donde fuera que Dios la envió.

María también se reunió con los demás—al pie de la Cruz, reuniéndose con los discípulos después de la resurrección de su Hijo y esperando con ellos el don del Espíritu Santo. María es a la vez una compañera de viaje y una guía y apoyo seguro durante nuestra peregrinación a nuestra patria celestial. Con confianza en su cercanía a nosotros, sus hijos, miremos hacia ella ahora y siempre a buscar refugio bajo su protección y cuidado.

La crisis mundial nos ha recordado que no somos autosuficientes. Dependemos totalmente de la gracia y la misericordia de un Dios amoroso y todopoderoso. Y estamos todos juntos en esto.

Como discípulos misioneros, incluso en "encierro", estamos llamados a proclamar nuestra salvación y nuestra esperanza en nuestro Señor Jesucristo a todos nuestros hermanos y hermanas aquí en el norte de New Jersey y a través del mundo. El momento de la "fraternidad, la hospitalidad y la solidaridad" es ahora.

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

Cercanía Espiritual en un Tiempo de Distanciamiento Social: Siete Sugerencias

Un Mensaje del Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R. | Abril 1, 2020

Como cristianos, encontramos a Jesús en su pueblo—nuestras familias y amigos, nuestros vecinos y miembros de la comunidad parroquial, nuestros compañeros de trabajo y de escuela, incluso en las personas que no conocemos personalmente (extraños) con quienes entramos en contacto a medida que desarrollamos nuestra vida diaria. Jesús nos dice que lo encontramos en los "más humildes" hermanos y hermanas (cf. Mt 25: 31-46), por lo que estar cerca de ellos significa estar cerca de él.

Durante este tiempo de pandemia sin precedentes, debemos estar especialmente preocupados por aquellos que están experimentando una ansiedad intensa, se sienten solos y abandonados, y que realmente cuentan con el culto público para su sustento. También debemos preocuparnos por cómo la vida espiritual de nuestro pueblo se verá afectada por los cambios drásticos que todos estamos experimentando por primera vez en nuestras vidas. La Eucaristía y la celebración de la Misa son tan centrales para nuestra Iglesia que su ausencia en verdad la sentimos muy profundamente.

El "distanciamiento social" es necesario para el bien común, pero tenemos que contrarrestar esto con un aumento dramático en lo que el Papa Francisco llama "cercanía espiritual". ¿Cómo podemos permanecer cerca de Jesús, y de todos nuestros hermanos y hermanas, en un momento en que la preocupación por ellos exige que mantengamos nuestra distancia? ¿Cómo podemos permanecer espiritualmente cerca al mismo tiempo que practicamos el distanciamiento social?



Estas son algunas sugerencias sencillas para permanecer espiritualmente cerca mientras mantenemos una distancia social segura y respetuosa:

1. Comience cada día con oración. Pídale a Jesús que permanezca cerca de usted y de toda su familia y amigos. Ore por la salud y el bienestar de todos aquellos con quienes usted se relaciona, y de todo el pueblo de Dios a través del mundo.
2. Exprese su amor y preocupación por las personas con las que vive—su cónyuge, hijos, otros parientes o amigos. Conforteles y anímeles cuando estén asustados y se sientan encerrados o indefensos.
3. Comuníquese con otros miembros de la familia, amigos y colegas por teléfono, mensajes de texto, correo electrónico, u otras formas de comunicación social. Hágales saber que usted está cerca de ellos y que comparte sus experiencias y ansiedad.
4. Asista virtualmente a Misa y otras oraciones y devociones. Hay muchas oportunidades disponibles todos los días en televisión, radio y en línea. La participación en la vida de la Iglesia puede ayudarnos a sentirnos más estrechamente conectados con Dios y con los demás. Haga una comunión espiritual.

5. A medida que realiza sus tareas diarias—trabajando a distancia, estudiando en casa, haciendo limpieza de primavera, cuidando a los niños o familiares, preparando la cena, lavando la ropa, y más—busque oportunidades para ofrecer sus actividades a Dios en agradecimiento por su cercanía a usted.
6. En la medida en que pueda, comparta sus recursos financieros con los necesitados. La donación en línea está disponible para la mayoría de las organizaciones religiosas, educativas y caritativas, pero si esa no es una opción para usted, puede escribir un cheque y enviarlo por correo, o reservar algo de dinero en efectivo para dar a alguien necesitado una vez que la orden actual de quedarse en casa haya sido levantada.
7. Tenga paciencia con usted mismo y con los que ama. Este es un momento extraño y difícil para todos nosotros. La frustración y la ira son reacciones comprensibles. Tenemos que ayudarnos unos a otros a permanecer tranquilos y confiar en el poder sanador de Jesús que está cerca de nosotros—ahora y siempre.

Como Arzobispo de Newark, ruego por la unidad y la solidaridad de nuestro pueblo (clero, religioso y laico) y anhelo una Iglesia que sea una con los pobres, especialmente los inmigrantes; que es audaz y entusiasta en su anuncio del Evangelio; y que transmite con entusiasmo y coherencia la fe a las generaciones futuras, especialmente a los niños y jóvenes que están económica y socialmente desfavorecidos.

Preveo un futuro en el que los laicos se involucren plenamente en la vida de nuestra Arquidiócesis a todos los niveles, y donde los jóvenes adultos desempeñen un papel directo y decisivo en nuestra adoración, nuestra formación de fe y nuestro servicio a los necesitados. Veo sacerdotes unidos unos con otros y con las personas a las que sirven. Veo diáconos, consagrados y hombres, y laicos que se sienten empoderados e incluidos en sus respectivas funciones y responsabilidades para edificar el Cuerpo de Cristo aquí en el norte de New Jersey.

Mi visión para nuestra Arquidiócesis es la de auténtica unidad y solidaridad en Cristo. Nuestras diferencias deben enriquecer nuestra Iglesia, no dividirla. Los desafíos a los que nos enfrentamos, que son muchos, deben acercarnos más y permitir que el Espíritu Santo nos dé la sabiduría, el valor, la perseverancia, la esperanza y la generosidad que necesitamos para tener éxito como discípulos misioneros.

Un Mensaje del Papa Francisco: Palabras de Desafío y Esperanza Solidaridad, Fraternidad y Hospitalidad



En su extraordinario mensaje "a la ciudad y al mundo" durante la pandemia de coronavirus, el Papa Francisco dijo:

Abrazar su cruz significa encontrar el valor para abrazar todas las dificultades del tiempo presente, abandonando por un momento nuestro afán por el poder y las posesiones para dejar espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de inspirar. Significa encontrar el valor para crear espacios donde todos puedan reconocer que han sido llamados, y permitir nuevas formas de hospitalidad, fraternidad y solidaridad.

Por su cruz hemos sido salvados para poder abrazar la esperanza y dejar que fortalezca y sostenga todas las medidas y todas las vías posibles para ayudarnos a protegernos a nosotros mismos y a los demás. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza: esa es la fuerza de la fe, que nos libera del miedo y nos da esperanza. (Papa Francisco, Mensaje Urbi et Orbi, 28 de marzo de 2020).

Mi Oración para Ustedes

Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios. No deseches la suplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, líbranos siempre de todo peligro, ¡Oh Virgen gloriosa y bendita! Amen.
(Sub tuum praesidium)

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

